ESTUDIOS

SOBRE LA

MORTALIDAD DE LA HABANA

- - DURANTE EL SIGLO XIX - -

Y LOS COMIENZOS DEL ACTUAL

POR EL

DR. JORGE LE-ROY Y CASSÁ

HABANA
Imp. LLOREDO Y Ca.
Muralla 24
1913

614.12
L 56e

AMERICAN
COLLECTION

En los fastos de esta Academia, los asuntos relacionados con la estadística y la demografía locales siempre han tenido un lugar muy preferente.

Desde los trabajos de Fernando Valdés y Aguirre, y de Andrés Poey, que he tenido la oportunidad de reproducir últimamente en los ANALES (1) y que representan la primera manifestación de este género de estudios, iniciados el año 1862, hasta hoy, los nombres de los compañeros de Academia que se han ocupado de nuestros problemas demográficos, brillan en el cielo esplendente de nuestras glorias como astros de primera magnitud. Los Finlay, los Melero, los González del Valle, los Valdés, los La Guardia, los Delfín, etc., son buena prueba de la afirmación que acabo de realizar. Todos ellos se han ocupado más o menos extensamente sobre distintos asuntos estadísticos, abordándolos desde diversos puntos de vista y contribuyendo con sus trabajos a preparar los materiales que, quizás en no lejano tiempo, sean reunidos en un solo cuerpo para facilitar las investigaciones de los que nos dedicamos a esta clase de estudios.

Antes de que existiera la Academia ya se habían escrito algunos trabajos estadísticos, y en el que presenté ante el Primer Congreso Médico Nacional, reunido en esta ciudad en 1905 (2), hice una breve exposición de las principales fuentes informativas. Posteriormente puedo añadir a aquellas, las de algunos Censos de Población que he tenido oportunidad de

(1) FERNANDO VALDÉS Y AGUIRRE. *Datos para la estadística de la fiebre amarilla en la Habana.* ANALES, t. XLIX, p. 100-105.—27 abril 1862.

ANDRÉS POEY. *Curvas de invadidos y fallecidos de la fiebre amarilla en el Hospital Militar de la Habana.* ANALES, t. XLIX, p. 105-109.—27 abril 1862.

(2) JORGE LE-ROY. *Estadística Sanitaria de Cuba.* ACTAS Y TRABAJOS DEL PRIMER CONGRESO MÉDICO NACIONAL. Habana, Mayo 20-23 de 1905, p. 427-434.

P 41830

consultar, confirmando la afirmación de Sanger: esta es, la dificultad de "encontrar publicaciones oficiales españolas que contengan los resultados de los últimos Censos de Cuba, ya en las bibliotecas, ó en el mercado de libros" (1). En efecto, para poder obtener la cifras de los Censos de 1877 y de 1887, los últimos oficiales levantados en tiempos de la dominación española, hubo necesidad de recurrir a la amabilidad de los señores de la Biblioteca del Congreso de Washington, que han facilitado la consulta de los ejemplares de dichos Censos, allí existentes.

No voy a ocuparme aquí de estos particulares, y si los he citado ha sido únicamente para justificar la exactitud de las cifras que me han servido para los cálculos que me he visto precisado a realizar á fin de obtener los coeficientes mortuorios de la Habana; pero no quiero tampoco dejar de consignar, a título de recuerdo y para que no se pierda el dato, cuáles fueron las primeras inscripciones de matrimonio, de bautismo y de entierro que se registraron en nuestra urbe, ya que la nupcialidad, la natalidad y la mortalidad son las bases fundamentales en que descansan todos los problemas demográficos.

En un libro muy poco conocido ya por su rareza, escrito por un cubano meritísimo, el señor José María de la Torre, y cuyo título es: ELEMENTOS DE CRONOLOGÍA UNIVERSAL (2), al tratar de los sucesos de Cuba se consigna lo siguiente:

"*1588.*—Primer matrimonio que consta en las parroquias de la Habana, contraido por Francisco Hernandez Pavon y Maria Rodriguez." (p. 131.)

"*1590.*—(28 Febrero)—Primer bautismo que consta en la Habana conferido á Beatriz Carrion, hija de Alonso y de Isabel Osorio, siendo cura Nicolas Gerónimo. La tropa de guarnicion de la Habana, que desde su principio constaba de poco más de 100 hombres se aumenta hasta 300." (p. 132).

(1) *Informe sobre el Censo de Cuba.* 1899, Washington, 1900, p. 722.

(2) Habana, 1845, 2.ª edición.

"*1613.*—(24 Enero)—Primer entierro que consta en la Habana de Maria Magdalena Comadre." (p. 135.) (1)

Este último dato aparece confirmado en la obra HISTORIA DE LA ISLA DE CUBA Y EN ESPECIAL DE LA HABANA (2) escrita por don Antonio J. Valdés, añadiendo "que testó ante Juan Bautista Guilasasti", y en el folleto del Dr. Antonio de Górdon, DATOS HISTÓRICOS ACERCA DE LOS CEMENTERIOS DE LA CIUDAD DE LA HABANA (3).

Entre las citas anteriores encuéntrase también otro dato demográfico interesante, y es el correspondiente al aumento de la tropa de guarnición de la Habana, de cien a trescientos hombres. Si se tiene en cuenta la fecha en que ésto sucedía (1590) se comprenderá la importancia del hecho consignado.

Debemos igualmente advertir que hasta el 2 de Febrero de 1806 los enterramientos se hacían en las iglesias, aboliendo tan perniciosa costumbre el Obispo Espada, eficazmente ayudado por su colaborador y amigo el doctor Tomás Romay. (4)

Conocidos estos particulares, entremos en el estudio del cuadro y de la gráfica que forman la base fundamental de este trabajo.

---

(1) A los que extrañen que hasta las fechas antes citadas no se hubiesen inscripto los actos civiles a que se alude, debe recordárseles que los primeros libros parroquiales—que comenzaron en 1519—fueron quemados por los piratas franceses que saquearon la villa de San Cristobal de la Habana en el año 1538. Hasta después del saqueo practicado por Jackes de Sores en 1555, no se acabó de construir la cantería la primera iglesia parroquial de la Habana.

(2) Habana, 1813, vol. I, p. 343-344.

(3) Habana, 1901, p. 10.

(4) Véase: EXHORTACION Á LOS FIELES DE LA CIUDAD DE LA HABANA, HECHA POR SU PRELADO DIOCESANO SOBRE EL CEMENTERIO GENERAL DE ELLA, en las *Tablas Obituarias de 1873*, del Dr. Ambrosio González del Valle, Habana, 1874, p. 41-52.

MEMORIA SOBRE LAS SEPULTURAS FUERA DE LOS PUEBLOS.—La escribió el Dr. D. Tomás Romay el año 1805 por insinuacion del Escmo. é Ilmo. Sr. D. Juan de Espada, Obispo de esta Diócesis, para persuadir al pueblo, mas con hechos que con razones, la necesidad del Cementerio que construia estramuros de esta ciudad., en las *Obras escogidas del Dr. D. Tomas Romay*. Habana, 1858, t. III. p. 37-50.

DESCRIPCIÓN DEL CEMENTERIO GENERAL DE LA HABANA. En las *Obras escogidas del Dr. Tomas Romay*. Habana, 1858, t. III, p. 51-59.

Muertes ocurridas en la ciudad de la Habana desde 1801

Años	Población	Total de muertes	MORTALIDAD	Años	Población	Total de muertes	MORTALIDAD
1801	63,103	.....	.....	1857	209,185	5,412	25.87
1802	64,414	2,422	37.60	1858	208,308	5,910	28.37
1803	65,725	2,331	35.46	1859	207,431	5,076	24.47
1804	67,036	2,280	34.01	1860	206,553	6,315	30.57
1805	68,346	.....	.....	1861	205,676	8,939	43.46
1806	69,657	2,611	37.48	1862	205,241	7,685	37.44
1807	70,968	.....	.....	1863	204,807	7,972	38.92
1808	72,279	3,168	43.83	1864	204,372	7,495	36.67
1809	73,589	2,808	38.15	1865	203,937	7,637	37.45
1810	74,900	3,133	39.21	1866	203,503	7,638	37.53
1811	76,211	2,868	37.66	1867	203,068	9,434	46.46
1812	77,521	2,548	32.87	1868	202,633	10,487	51.75
1813	78,832	2,948	37.40	1869	202,199	7,944	39.29
1814	80,143	3,622	45.19	1870	201,764	10,379	51.44
1815	81,454	3,319	40.75	1871	201,329	9,174	45.57
1816	82,764	4,243	51.27	1872	200,894	7,031	35.00
1817	84,075	4,600	54.71	1873	200,460	7,755	38.69
1818	86,870	4,835	55.66	1874	200,025	9,604	48.01
1819	89,665	5,119	57.09	1875	199,590	8,390	42.04
1820	92,459	5,033	54.43	1876	199,156	9,122	45.80
1821	95,254	4,666	48.98	1877	198,721	10,217	51.41
1822	98,049	3,984	40.63	1878	198,878	11,507	57.86
1823	100,844	3,634	36.04	1879	199,035	9,052	45.48
1824	103,639	3,697	35.67	1880	199,192	7,942	39.87
1825	106,433	3,611	33.93	1881	199,349	7,767	38.96
1826	109,228	3,448	31.57	1882	199,506	6,433	32.24
1827	112,023	3,708	33.10	1883	199,663	7,341	36.77
1828	119,966	4,015	33.47	1884	199,820	6,586	32.96
1829	127,909	4,494	35.13	1885	199,977	5,823	29.12
1830	135,852	4,505	33.16	1886	200,134	6,316	31.56
1831	143,794	4,594	31.95	1887	200,291	8,362	41.75
1832	151,737	4,737	31.22	1888	200,448	6,605	32.95
1833	159,680	11,596	72.62	1889	204,230	5,923	29.00
1834	167,623	5,731	34.19	1890	208,012	7,599	36.53
1835	175,566	5,440	30.99	1891	211,795	7,249	34.23
1836	183,509	5,569	30.35	1892	215,577	7,221	33.50
1837	191,452	4,725	24.68	1893	219,360	6,697	30.53
1838	199,394	4,447	22.30	1894	223,142	7,101	31.82
1839	207,337	4,737	22.85	1895	226,925	7,362	32.44
1840	215,280	4,781	22.21	1896	230,707	11,762	50.98
1841	223,223	4,912	22.00	1897	234,490	18,135	77.34
1842	222,346	4,496	20.22	1898	238,278	21,252	89.19
1843	221,468	4,702	21.23	1899	242,055	8,153	33.68
1844	220,591	5,449	24.70	1900	249,613	6,102	24.45
1845	219,714	4,713	21.45	1901	257,172	5,720	22.24
1846	218,836	4,355	19.90	1902	264,731	5,832	22.03
1847	217,959	5,298	24.40	1903	272,290	5,465	20.07
1848	217,082	4,214	19.41	1904	279,849	5,583	19.95
1849	216,204	4,611	21.33	1905	287,408	5,831	20.29
1850	215,327	8,186	38.02	1906	294,671	6,144	20.85
1851	214,449	5,898	27.50	1907	302,526	6,708	22.17
1852	213,572	7,974	37.34	1908	311,589	5,994	19.24
1853	212,695	5,055	23.77	1909	318,562	5,988	18.80
1854	211,874	4,482	21.15	1910	319,884	6,331	19.79
1855	210,940	4,625	21.93	1911	334,414	6,227	18.65
1856	210,063	4,353	20.72	1912	353,509	6,004	16.99

Mortalidad de la Habana.
(Por cada 1000 habitantes.)
Fiebre Amarilla
Colera
Fiebre Amarilla
Colera
Fiebre Amarilla
Colera
Viruelas
Fiebre Amarilla
Sarampion. Tiferoide. Difteria. Difteria
Fiebre Amarilla
Viruelas. Fiebre Amarilla
Grippe
Guerra: Emancipacion y Cleguiro.
Enfermedades infantiles
Grippe

Digitized by the Internet Archive
in 2017 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/estudiossobrelam00lero

En el cuadro anterior he presentado la población calculada, año por año, excepto para los años 1817, 1827, 1841, 1861, 1877, 1887 y 1899 del siglo XIX, y para el año 1907 del actual, en los que he tomado las cifras consignadas en los censos oficiales; utilizando la razón aritmética para los cálculos; pero a partir del año 1908 hasta el 1912 he tenido que estimar la población valiéndome de la fórmula adoptada por la oficina del Register General de Londres, o sea el incremento por razón geométrica.

Sobre las variaciones que se observan en la población, sobre todo en el período comprendido entre los años 1841 y 1877, en que disminuye constantemente el número de habitantes, insistiré en otra oportunidad, no queriendo tratar ahora nada más que de la mortalidad y de las principales enfermedades que la ha determinado.

Para facilitar el estudio he trazado la gráfica que acompaña a este trabajo, en la que he prescindido de los números absolutos, que figuran en la gráfica que presenté ante el Primer Congreso Médico Nacional, y he corregido además las cifras de población, según los cálculos a que acabo de referirme, para poder de ese modo expresar la relación que muestra la probabilidad de morir.

Al echar una mirada sobre la línea que representan las ordenadas conjuntas de este diagrama, salta a la vista inmediatamente la subida que se inicia en la mortalidad desde el año 1816 y alcanza su *acmé* el de 1819, para ir cayendo lentamente hasta el año 1826. Careciendo de datos numéricos representativos de las causas de muerte, en aquella época, que pudieran demostrarnos el por qué de dicha curva, consulté al doctor J. Guiteras, e inmediatamente me contestó que él estimaba ese aumento progresivo como originado por la fiebre amarilla. Enseñéle entonces unas notas que conservo, en las que se expresan los individuos enterrados cada día durante el año 1819, y al observar el incremento de las muertes de los adultos

comparado con las muertes de la población infantil, sobre todo durante los meses en que el tifus icteróides hace sus mayores estragos, hubo de confirmar su anterior apreciación. Busqué, no obstante, en los autores que se han ocupado de nuestra epidemiología amarilla la confirmación de esta manera de apreciar los hechos, y encontré en una obra escrita por un médico del Hospital Militar de la Habana, lo siguiente, que confirma plenamente que la causa de ese incremento no ha sido otra que el vómito negro.

"..... pero en 1807 y 1808 surge la Guerra de la Independencia en la Península: se unen y coaligan todas las naciones para secundar el bloqueo de la Francia: cesan casi del todo los arribos á América, y el Vómito desaparece como por encanto de las Antillas, de Méjico y de todas las Américas. Solamente se perpetúa en algunos casos sueltos, esporádicos de individuos que no lo habian aun sufrido, ó entre los pocos que todavía llegaban."

"En 1814 se desploma el Coloso del siglo: la Casa de Borbon levanta de nuevo su cabeza en Francia, en España y en Italia: consolídanse en sus tronos el Austria y la Prusia: respira la Rusia y sobre todo la Inglaterra, y la ambicion por un lado y por otro la pobreza, la persecucion y el destierro renuevan desde 1816 las sucesivas salidas de numerosas familias á las Islas. La estrellada bandera de la naciente y ya colosal República de los Estados Unidos llama desde la América del Norte á todos los malcontentos ó disgustados del antiguo mundo, y los gobiernos de España y de Inglaterra, tranquilos con las seguridades que les ofrece el peñon de Sta. Elena, vuelven los ojos á las vastas regiones de Occidente, que, aprovechando tanto disturbio, han levantado el estandarte de la rebelion en ambos continentes americanos. Entonces se suceden sin interrupcion los numerosos desembarcos de gentes, y la llegada de sucesivas expediciones armadas; y la causa patogenésica del Vómito, que desde 1808 descansaba por falta de combustible, se ceba

con furor en los recien llegados, diezmándolos sin compasion; y como siempre, á medida que van viniendo retoña una epidemia."

"Desde entonces subsiste con intensidad mayor ó menor todos los años en la Habana, Santiago de Cuba, Matanzas y otros puntos de la costa de la Isla de Cuba....." (1)

Sucédese inmediatamente después del año 1819 el descenso de la mortalidad general, a que antes aludí, y al que contribuyó, y no poco, la disminución de los casos de fiebre amarilla, como puede comprobarse con el siguiente párrafo que transcribo de la *Descripcion de las ciudades, villas y pueblos de este Departamento* (Habana), inserto en el Censo levantado por orden del general Vives el año 1827. Al referirse a nuestra capital, dice: "El temperamento es húmedo y cálido, pero tan sano y refrigerado con las constantes brisas, que sólo a fines de Primavera y todo el Estío esperimentan los forasteros la fiebre amarilla, bastante peligrosa, a pesar que en estos últimos años, *no es tan general ni causa los mayores estragos* por la prolijidad y acierto con que se cura." (2)

En el año 1829 hay un nuevo *acmé,* causado también por el vómito negro, que desde dos años antes conmenzó a elevar las cifras mortuorias; pero cuya cúspide no alcanzó más que a la cifra de 35.13 por mil habitantes, descendiendo otra vez hasta el año 1833, en que se eleva una verdadera pirámide mortuoria, en cuyo vértice se lee la cifra de 11,596, debida en su mayor parte al cólera morbo asiático, que

---

(1) Antonio Pons y Codinach. *Tratado completo teórico-práctico del Vómito o Fiebre-Amarilla, &c.* Habana, 1868, t. I, p. 24-25.

(2) Cuadro estadistico/ de la siempre fiel/ Isla de Cuba./ correspondiente al año de 1827./ Formado/ por una comision de gefes y oficiales,/ de orden y bajo la direccion/ del escelentisimo señor capitan general/ Don Francisco Dionisio Vives./ precedido/ de una descripcion historica, fisica, geografica, y acompañada de/ cuantas notas son conducentes para la ilustracion del cuadro./ Habana/ Oficina de las viudas de Arazoza y Soler, impresoras del Gobierno y Capitanía/ general por S. M.—/1829.

por primera vez, en esa ocasión, visitó nuestra tierra y que sólo en cincuenticuatro días causó en la Habana y sus barrios extramuros la enorme cifra de 8,465 defunciones, o lo que es lo mismo, casi las tres cuartas partes de la mortandad general.

Como ésta fué la primera invasión del viajero del Ganges en nuestra isla, conviene recordar sus principios y el lugar de su importación, por las enseñanzas sanitarias que se derivan del conocimiento de aquella epidemia.

Sabido es que desde tiempo inmemorial el cólera asiático tiene su cuna en las márgenes del Ganges; pero la epidemia a que nos referimos nació en 1817 en Jésora, donde causó 6,000 víctimas, y extendiéndose por varios puntos llegó a Calcuta en septiembre de ese año. Hizo grandes excursiones por toda el Asia, atacando insistentemente el gran imperio de las Catalinas, los Alejandros y los Nicolás, pero más que las medidas sanitarias dictadas, opúsose a su invasión la coraza protectora de sus nieves. No obstante, el cólera rompe al fin las barreras que se le oponen y penetra por tres lugares distintos de la Rusia, invadiendo por primera vez la Europa, a mediados del año 1830. Recorre en ese año las provincias que se extienden hasta las fronteras de Austria, Polonia y Prusia; invade los puertos del Báltico, entra en el gran ducado de Finlandia y llega hasta Arcángel, sobre las aguas del mar Blanco. En 1831 las tropas rusas introducen el cólera en Polonia y lo comunican al ejército polaco en la sangrienta batalla de Igania. Pasa de Praga a Varsovia y en agosto ya habían sido infectados los pueblos que se hallan en las márgenes del Vístula. El 15 entra en Custrin y el 29 en Berlín. La Galitzia, que había logrado contener los primeros embates del mal en enero de 1831, es reinfectada por unos fugitivos polacos, y en el verano es asaltada su capital. Entra el cólera en Hungría y apoderado del Danubio, ya no es posible contenerlo. Viena siente sus estragos desde septiembre de 1831. En Prusia sigue el Elba, lle-

ga a Hamburgo y de allí es introducido en la Gran Bretaña por un buque que llegó á Sunderland en octubre. Se extiende por las Islas Británicas y de ellas es transportado al Nuevo Mundo en un barco, que de Dublin se dirigía a Quebec, sobre el río San Lorenzo, en el Canadá, donde aparece en Junio de 1832; sigue a Montreal y otros puntos de este dominio británico y penetra en los Estados Unidos de Norte América. New York es infectado en los últimos días de dicho mes, pero no se descubre la existencia del mal hasta el 3 de julio siguiente. Se esparce el contagio por una multitud de pueblos y ciudades y en poco tiempo recorre los estados de Pennsylvania, Maryland, Virginia, las dos Carolinas y otros, llegando, por último, en noviembre, a New Orleans, en cuya ciudad se desarrolló con violencia tal que en unas tres semanas mató sobre 3,000 habitantes. De allí nos fué introducida la muerte, como vamos a probar con los siguientes párrafos de nuestro gran publicista José Antonio Saco.

"Desde que el Norte-América fué atacado, nuestros temores crecieron sobremanera: mas algunas medidas sanitarias que se tomaron, fueron suficientes para impedir que en medio de nuestras continuas comunicaciones con aquellos países infestados, el mal arribase á nuestras costas. Desaparece en unos puntos, afloja sus fuerzas en otros, dormita en muchos durante el invierno; pero tomándose estas alternativas engañosas como señales inequívocas de su absoluta estincion, nosotros abrimos de par en par nuestras puertas, cuando aun vivia en el corazón de aquella república el monstruo que nos habia de tragar. Cuba levanta sus cuarentenas el infausto 2 de febrero de 1833, y mi patria tiene que llorar á pocos dias sobre millares de víctimas." (1)

Más adelante añade: "Preservados de la invasion de esta enfermedad durante la época en que rei-

(1) *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba ya publicados, ya inéditos* por Don José Antonio Saco. Paris, 1858, t. II, p. 173.

naba con fuerza en los Estados Unidos del Norte-América, muchos se daban el parabien de que ya no visitaria nuestras playas; y persuadidos por una parte á que el mal habia cesado enteramente y deseosos por otra de favorecer los intereses del comercio, se suspendieron las cuarentenas desde el 2 de febrero. Los que conocen el carácter traidor de la enfermedad; los que sabian que aun no estaban ahogadas en aquella nacion las destructoras semillas del contagio; los que contemplaban en la facilidad con que podian ser introducidas en nuestro suelo, pues que solamente se hallaban de nosotros á la distancia de cuatro ú cinco dias de navegacion; todos éstos se penetraron desde entonces de los mas fundados temores; y cumpliéndose sus tristes vaticinios, la Habana fué víctima de la epidemia en el mismo mes de febrero."

"El primer caso de cólera de que se tuvo pública noticia, y que alarmó á los habitantes de esta capital, ocurrió el 25 de aquel mes en un catalan llamado don José Soler, que vivia en el barrio de San Lázaro, en la alameda de estramuros, ó sea calle del Prado. A poca distancia de la habitacion de Soler, fué atacada una mulata en el mismo dia 25; y ya en el anterior habia perecido una negra de la misma enfermedad, sin que hubiese trascendido al público la causa de su muerte...." (1)

Es esta la oportunidad de rebatir un error consignado por don Jacobo de la Pezuela, en su Ensayo histórico de la Isla de Cuba, Nueva York, 1842, p. 569, al decir:—"Ni la enfermedad, ni los medios de combatirla eran conocidos de los médicos del pais." —Ya el doctor Domingo Rosain había protestado en esta misma Academia el año 1868, haciendo constar que el doctor Manuel J. de Piedra había diagnosticado el primer caso que ocurrió del cólera, y para que se pueda juzgar mejor de la razón de tal protesta

(1) Loc. cit,. t. II, p. 242.—*Historia de la aparición del cólera en la isla de Cuba en 1833.*

me permitiré reproducir los siguientes párrafos que transcribo de la *Memoria histórica del cólera-morbo en la Habana*, escrita por los doctores Nicolás J. Gutiérrez y Agustín Encinoso de Abreu, poco tiempo después de concluída dicha epidemia. Helos aquí:

"En efecto, el profesor Dr. D. Manuel José de Piedra participó el 25 del mismo Febrero al Real Tribunal del Protomedicato, que en la barriada de San Lázaro habia visitado á D. José Soler, cuyo enfermo presentaba todos los síntomas y caractéres del cólera-morbo asiático. Este profesor, aunque satisfecho de la esactitud del juicio que habia formado, invitó á algunos de sus compañeros, para que pasasen á observar el caso raro y estraordinario, que estaba á su cuidado. El Real Protomedicato no quiso confiar un exámen de esta naturaleza á una comision particular de facultativos, sino que guiado por el celo mas puro y desinteresado, y poseído de aquella prudencia con que era necesario conducirse en tan críticas y angustiadas circunstancias pasó inmediatamente á la casa del enfermo para observar por sí mismo, si la enfermedad era en realidad la que acababa de participársele...."

"Despues de examinar los hechos que esta especie de observacion les sugería, despues de reunirlos y combinarlos bajo sus distintos aspectos, y de notar en fin la semejanza ó diferencia que ofrecían los fenómenos morbíficos comparados con los que acompañan á la enfermedad conocida con el nombre de cólera-morbo, y cuyos síntomas se hallan retratados con esactitud en los fastos mas antiguos de la ciencia, se vieron precisados á concluir, auxiliados de este procedimiento analítico, que la enfermedad era en efecto la misma que se había participado. Con este motivo dijo un escritor imparcial y amante de la verdad, que á nuestros médicos les cupo el honor de conocer la enfermedad desde los primeros casos que se presentaron, y que más felices en sus pronósticos, que los facultativos de otros países, dieron una alarma opor-

tuna, para que los habitantes se preparasen." (p. 9). (1)

He indicado antes que esta epidemia, que *oficialmente* sólo duró cincuenticuatro días, pues el 20 de abril se cantó el solemne *Te Deum* para dar gracias a Dios por su feliz terminación, produjo nada más que en la Habana y sus barrios extramuros en ese período de tiempo la enorme cifra de 8,315 defunciones; llegando su violencia a ser tal que hubo día (el 28 de marzo) en que fallecieron 435 individuos de los atacados.

No existían entonces en nuestra capital más cementerios que el general—llamado después Espada, por su fundador el inolvidable Obispo de ese apellido—y el del Cerro, y siendo ambos insuficientes para sepultar el considerable número de cadáveres que produjo esa mortífera epidemia, fué necesario habilitar uno en los terrenos de la antigua estancia conocida con el nombre de *Los Molinos del Rey,* por existir en ella los pertenecientes a la Real Hacienda, demolidos en 1821. En una profunda zanja cavada en los expresados terrenos, cercanos a donde hoy se levanta el hospital *Las Animas,* se sepultaron desde el 27 de marzo hasta el 11 de abril, 1,451 cadáveres de coléricos. Otro cementerio se habilitó en Casa Blanca, en la estancia *San Nicolás,* y otro, llamado de *La Marina,* por los individuos de esa institución, de los que se sepultaron 182 cadáveres procedentes de la sala de su nombre del Hospital Militar.

La epidemia se extendió rápidamente por toda la Isla, causando innumerables víctimas, sobre todo entre las dotaciones de los ingenios y cafetales, compuestas casi exclusivamente de negros esclavos; y al decir del doctor Ramón Piña y Peñuela no se vió nuestro pueblo libre de ella hasta los años de 1837 o 1838, siendo buena prueba de ello la muerte del Jefe

(1) MEMORIA HISTÓRICA. *Del Cólera-morbo en la Habana,* escrita por los Dres. D. Agustín Encinoso de Abreu y D. Nicolás J. Gutiérrez. Permaneció inédita hasta el año 1842 que la publicó el *Repertorio médico habanero.*

del Apostadero de la Habana, don Angel Laborde, ocurrida en 31 de marzo de 1834. Ya que cito la muerte de este prócer, debo recordar igualmente que durante los tristes días del año 1833, cuando la enfermedad se cebaba con más fuerza, cayeron en la tumba, heridos por sus ataques, el Arzobispo don Pedro Valera y Jiménez, sucesor del insigne Espada, y el gran pintor Juan Bautista Vermay, que ilustró con los colores de su paleta asuntos históricos de feliz recordación.

Me he extendido algo más de lo que pensaba en la relación de la marcha invasora de esta epidemia colérica, por la importancia sanitaria que entraña su estudio y porque demuestra una vez más que, cuando se falta a los severos principios dictados por la ciencia, obedeciendo a la presión de las relaciones políticas o comerciales, es la salud de todo un pueblo la que se compromete y es la vida de sus habitantes la que paga la falta de entereza de las autoridades llamadas a velar por su conservación.

Ya que del cólera morbo-asiático me ocupo, permitidme saltar por encima de los vértices correspondientes a los años 1844 y 1847, producidos por la fiebre amarilla y detenerme en el año 1850, fecha de la segunda invasión del territorio de nuestra Isla por el mismo viajero del Ganges. La mortalidad, que en el año anterior era de 21.33 por cada mil habitantes, se eleva en ese a 38.02, produciendo una cifra absoluta de 8,186 defunciones, causadas en su mayoría por el cólera. Felizmente poseo, en un periódico médico de la época, (1) un artículo debido a la pluma del eximio Secretario fundador de esta Academia, doctor Ramón Zambrana, que se titula CONSTITUCION MEDICA DE 1850, en que se pinta el estado sanitario de la Habana durante dicho año, y del que reproduzco los siguientes párrafos: "Si teniendo á la vista los datos estadísticos que en sus crónicas sanitarias pu-

(1) REPERTORIO ECONÓMICO DE MEDICINA, FARMACIA Y CIENCIAS NATURALES, Habana, Enero de 1851, t. I, p. 130-131, (Segunda serie, No. 15).

blica mensualmente la Secretaría de la Junta Superior de Sanidad tratásemos de apreciar el estado de la Salud pública en el año transcurrido, veriamos, que acaso en ningun otro hubiera sido tan satisfactorio si durante el espacio de cinco meses no lo hubiese alterado de una manera alarmante la constitucion epidémica que determina con su presencia la causa del *cólera morbo asiático,* cualquiera que sea su naturaleza..."

"Por lo que hace á las otras enfermedades, la *fiebre amarilla,* que merece particular atencion, si se ha manifestado, ha sido en menor número de casos y con mas benignidad que otros años..." "Las fiebres de todas clases han reinado como siempre, pero las perniciosas, tan temibles y ya tan frecuentes en el pais, no han producido grandes estragos, muy contados han sido los casos de ellas. Mas numerosos fueron los de fiebre tifoidea, sin duda porque á las condiciones locales que favorezcan su desarrollo, se unió la constitucion epidémica, de caracter tifoideo, segun la opinion de la generalidad de los profesores; de manera que en el último año han muerto sin duda de fiebre tifoidea mas personas que en otros años, bien que la cifra total no sea considerable. Las calenturas efimeras, catarrales, mucosas, biliosas y periódicas han sido frecuentes, pero no mortales: Otro tanto podemos decir de los catarros pulmonares, pneumonias, dolores pleuríticos, reumáticos, neurálgicos, &c. —Estos males verdaderamente endémicos puesto que condiciones de localidad permanentes los producen, han reinado en 1850 casi todo el año, como siempre, pero en menor número de casos y menos graves. Así lo arroja la estadística. Igualmente se han manifestado, por la misma razon las anginas de todas clases; y con respecto á ellas hacemos las mismas consideraciones. No así con respecto á las diarreas y demas indisposiciones de vientre, pues por lo mismo que la constitucion epidémica determinaba el trastorno vital del tubo digestivo, la tendencia de este

á aparecer debia ser constante, y así lo fué y aun lo es. Por esto fueron infinitos los casos de simple colerina, y los de diarrea que se observaron; pero por fortuna cediendo en lo general á los recursos terapéuticos con que se les ha combatido.''

''Nada mas podemos decir sobre este punto, sin traspasar los límites á que debemos circunscribirnos. Repetimos que el estado de la salud pública hubiera sido muy halagüeño á no haber aparecido, por segunda vez en nuestro pais, la terrible enfermedad que dejara las pantanosas orillas del Ganges, para recorrer y aterrorizar el mundo, para aclimatarse en todas las latitudes, burlando la sagacidad, la prevision y la ciencia del hombre.''

De la misma manera que en el año 1833 el cólera nos fué importado de los Estados Unidos del Norte América, en el año 1850 también vino la epidemia de la gran república vecina.—Una feliz casualidad ha hecho llegar a mis manos el LIBRO 3.° DE ACTAS DE LA ESCMA. JUNTA SUPERIOR DE SANIDAD DE LA ISLA DE CUBA. En dicho libro he podido comprobar que desde la sesión celebrada el 27 de enero de 1849 se trataba de suspender la cuarentena impuesta a los buques procedentes de los Estados Unidos, dado el buen estado de la salud pública en New York, y que la mencionada Junta de Sanidad no accedió a esas pretenciones por existir todavía casos de cólera en New Orleans. Con alternativas diversas de rigor cuarentenario y de simple observación, llegóse al fin a suspender la cuarentena impuesta a las procedencias del último puerto citado el 17 de septiembre de 1849, y en 14 de noviembre siguiente se suspendió también la observación de ocho días impuesta a las procedencias de Philadelphia.

Poco tiempo después, en la sesión celebrada el 6 de abril de 1850, se da cuenta de los primeros casos de cólera ocurridos en el Hospital Militar, situado en la antigua Factoría de tabacos, y que desde el 31 de marzo hasta ese día resultaban ser 118 individuos atacados, de los que 66 fallecieron. También se participó

a la Junta que en ese mismo día (el 6 de abril) había sido admitido en el Hospital de San Juan de Dios, un negro atacado del mal y que era cocinero de un buque americano surto en bahía.

En la sesión del 10 de abril se acuerda dedicar a los coléricos el Hospital Militar, trasladando los enfermos de otra naturaleza al Castillo No. 4, al edificio conocido por el nombre de El Gallinero, en la ensenada de Marimelena y al navío Pontón, anclado en la de Guasabacoa.

El Ayuntamiento dispuso la formación de siete hospitales provisionales distribuídos en diferentes barrios de intra y extramuros y la creación de Juntas de Caridad en cada uno de ellos, a cuyo efecto la Intendencia de Hacienda lo auxiliaría con la cantidad de diez mil pesos, en calidad devolutiva. Igualmente se acordó hacer la limpieza de la ciudad por la noche y la creación de un cementerio provisional en la falda Este de la loma sobre la cual se asienta el castillo de Atarés.

Cinco días más tarde, en la sesión que celebró la Junta el 15 de abril, se llama la atención hacia el hecho de haber salido tan sólo del Cuartel de la Fuerza, los únicos individuos de la guarnición de la Plaza, que hasta esa fecha habían sido atacados del cólera. Si se recuerda la situación topográfica de este Cuartel y del Hospital Militar, ambos a la orilla del mar en nuestra infecta bahía, se comprenderá fácilmente cómo se contagiaron los individuos que habitaban esos edificios.

En 17 de abril se habilita el antiguo hospital de San Ambrosio para los individuos procedentes del Morro y de los otros cuarteles, no afectados del cólera; se destina a los atacados de ese mal en el Morro y la Cabaña, el Castillo Número 4, y se trasladan los coléricos del Hospital Militar a la casa del señor Larrazábal, situada en el barrio de San Lázaro, cerca de la Casa de Beneficiencia.

Asimismo se acuerda en esa sesión una medida que no necesita comentarios en la época actual: el no-

PUBLICAR los datos estadísticos de las personas atacadas y fallecidas a consecuencia del mal epidémico.

En la sesión del 28 de septiembre de 1850 se discute si se declaraba o no terminada la epidemia y "teniendo la Junta en consideracion que el corto número de casos vistos en esta ciudad y sus barrios estramuros durante este mes, y con especialidad en los últimos días, despojaba á la susodicha enfermedad del carácter epidémico, de que se revistió á poco de su invasion, y que en los dos años próximos anteriores se notaron muchos casos sueltos del propio mal, y aun con terminaciones funestas, los que no llamaban la atencion á causa de no haber precedido una epidemia, acordó declarar por terminada la que recientemente se ha sufrido; manifestándose así al Escmo. Sr. Gob^{r} y Cap^{n} Gral para la determinacion que S. E. creyere oportuna."

Efectivamente, el viernes 4 de octubre siguiente se cantó en la Catedral de la Habana el *Te Deum* correspondiente, por haber cesado una epidemia que todavía había de producir millares de víctimas, como lo comprueban las siguientes cifras que copio de la obra del Dr. Piña y Peñuela, a que antes he aludido. (1)

	EN SOLO LA HABANA		EN TODA LA ISLA	
AÑOS	CASOS	MUERTES	CASOS	MUERTES
1850	4,623	2,858	11,423	6,033
1851	1,408	1,098	3,451	2,473
1852	2,246	1,401	7,030	3,341
1853	1,046	810	8,834	4,420
1854	25	13	1,346	877
	9,348	6,180	32,084	17,144

(1) *Topografía médica de la Isla de Cuba*, por el DR. D. RAMON PIÑA Y PEÑUELA, Subinspector de segunda clase honorario, Médico Mayor y Secretario de la Gefatura de Sanidad militar de la Isla. Habana, 1855, p. 44.

Al cuadro que antecede se acompaña la siguiente "NOTA. Las cifras aquí estampadas, si no muy distantes de la realidad, no ofrecen seguramente una rigurosa esactitud, sin que de esta franca manifestacion pueda deducirse un cargo, pues sabido es á lo que puede aspirarse en esta clase de trabajos: ellas sin embargo pueden dar una idea muy aprocsimada á lo cierto en órden á la marcha, estension, intensidad, etc. de la enfermedad á que se refieren. Estándose en la rectificacion de ciertas noticias quizas esta dé por resultado algun pequeño aumento en los guarismos del presente."

En el año 1851 cae la mortalidad a 27.50 representativa de 5,898 defunciones por todas causas, para elevarse en el siguiente a una cifra casi tan alta como la del año 1850. En efecto, el número total de muertos asciende a 7,974, de los que, según los datos anteriores, 1,401 pertenecen al cólera morbo asiático que, sin haber desaparecido por completo anuncia su reaparición bajo forma epidémica el 7 de julio de 1852, y ahora también en los enfermos del Hospital Militar de Factoría. Solamente en los días de ese mes se registraron 172 invasiones con 98 muertes, según los partes facilitados a la Junta Superior de Sanidad. Además del cólera contribuyeron a este aumento de la mortalidad, una epidemia de viruelas que se inició en dicho año y una recrudescencia de la fiebre amarilla.

Ya que del cólera nos ocupamos, me voy a permitar saltar una vez más sobre las cimas de los años 1858 y 1861, para llegar al año 1867, en que aparece por tercera y última vez esa epidemia en nuestra patria.

Justamente esta Academia tomó una parte importantísima en la declaración oficial de la epidemia, pues consultada el 20 de octubre de 1867 por el señor Gutiérrez de la Vega, Gobernador Político de la Habana, se nombre ese mismo día una comisión de su seno, constituida por los doctores Joaquín Zayas, Ramón Luis Miranda y Luis M.ª Cowley, para que, de

acuerdo con la Junta local de Sanidad, estudiase las causas de defunciones ocurridas en Casa Blanca.

De los informes emitidos por la comisión se deduce que en el primer carenero de los señores Sobrinos de Samá, Carreras y Compañía, en el barrio de Casa Blanca, sobre la orilla de la bahía opuesta a la en que se asienta la ciudad, habían fallecido súbitamente el día 19 de octubre, cinco negros de los siete atacados. El doctor Rafael Cowley, médico del establecimiento, facilitó los antecedentes necesarios, y en las repetidas investigaciones practicadas por los facultativos de la comisión pudo comprobarse que "Los primeros negros invadidos estuvieron cargando carbon abordo del vapor francés Guyane procedente de Nueva Orleans, donde se dijo habian comido carne salada, atribuyéndose á esta causa la enfermedad que repentinamente les atacó..." (1)

Se trataba de negros jóvenes, casi todos, robustos, que gozaban de buena salud y consumían alimentos de buena calidad.. "Uno de ellos se siente invadido bruscamente del mal y muere á las pocas horas, sin habérsele hecho ningun tratamiento; caen en seguida otros cinco y sucumben cuatro de ellos con la misma rapidez. Al dia siguiente nuevas invasiones con síntomas análogos, las que se han repetido hasta esta fecha (23 de octubre) completando el número de quince, de los que han muerto siete, quedando otros en el Hospital de Belot, donde han sido trasladados por órden de V. E., uno muy grave, dos en estado alarmante y cinco en via de curacion." (2)

Del estudio sintomatológico realizado por los señores de la comisión y de las investigaciones experimentales y microscópicas realizadas por los doctores M. Vargas Machuca, S. A. de Morales y J. Barnet, excluyendo las posibilidades de intoxicaciones alimenticias, se llegó a convenir en "que la enfermedad que ha invadido á los negros del Carenero de

(1) *Anales de la Real Academia, &,* t. IV, p. 293.
(2) Ibidem, p. 295.

Casa Blanca es el cólera morbo.'' Tal fué el origen de esta epidemia, felizmente la última que ha padecido Cuba.

El 27 de ese mismo mes de octubre se corrió el cólera al resto de la ciudad de la Habana y causó tales estragos que en el siguiente año (1868) elevóse el número total de muertes por todas causas a la enorme cifra de 10,487, con una mortalidad de 51.75 por cada mil habitantes. En los meses finales del año 1867 hubo 1,772 casos de cólera, de los que fallecieron 859; —el día en que hubo más invadidos fué el 25 de noviembre con 106 casos. El barrio más castigado lo fué el de San Lázaro que, según el doctor Sigarroa, de 2,200 habitantes tuvo 330 atacados, de los que murieron 151; y el barrio mejor librado lo fué el de Santa Clara, que de 5,309 habitantes solo tuvo cinco atacados, de los que fallecieron dos.

El 10 de octubre de 1868 se da en Yara el grito de libertad que inicia un período de diez años de luchas por la independencia, terminado en el Pacto del Zanjón. La Habana no sufre directamente los horrores de una guerra cuyo campo de acción principal radica en las provincias de Oriente, Camagüey y las Villas; pero por su puerto desembarcan numerosas tropas, con las que el gobierno metropolitano pretende concluir la contienda entablada para independizarnos de sus continuados y persistentes errores políticos, económicos y administrativos. Con esas tropas vienen las viruelas, y los soldados contraen a su llegada la fiebre amarilla, que los diezma antes de marchar a los campos del combate, y en ellos se contagian más tarde con el paludismo, la tifoidea, la disentería, etc., enfermedades inseparables de los ejércitos en aquellos tiempos, y retornan en gran número a la Habana, donde fallecen entre los muros del infecto Hospital Militar a que he aludido al hablar sobre la epidemia colérica del año 1850.

Los vértices de los años 1870, 1874, 1877 y 1878 señalan en la curva de la mortalidad las cifras de 10,379, 9,604, 10,217 y 11,507 defunciones respectiva-

mente, producidas por todas causas; pero en el primero de esos años la mayoría es imputable a las viruelas; en el segundo a la fiebre amarilla y en los dos últimos a dichos infecciones sumadas a la tifoidea, el paludismo y la disentería, teniendo en cuenta, como acabo de indicar, que el gran contingente de tropas que envió España para finalizar la campaña separatista, a su regreso de la guerra aportó las enfermedades contraídas en los campos, y aumentó la mortalidad de nuestra urbe hasta un 57.86 por cada mil habitantes.

Con la paz se inicia el descenso de la alta mortalidad, consecutiva a toda guerra, y aunque todavía con cifras elevadas, para las que debe tener un país civilizado, cae sin embargo aquélla desde el coeficiente mortuorio 57.86 representativo de las 11,507 defunciones del año 1878 hasta el de 29.00, representativo de 5,923 muertes en el año 1889. En el período entre ambos comprendido hay dos ascensos: uno el de 1883, causado por la fiebre amarilla; y el otro el de 1887, causado por la gran epidemia de viruelas que en ese año y el siguiente produjo en sólo la capital de la Isla 2,104 víctimas; bien es verdad que desde el año 1882 estuvo la Habana libre de esa plaga.

En el año 1890 nos es importada la gripe, que de manera pandémica reinaba en todo el mundo, y esa infección atacando indistintamente a todas las edades, razas, sexos y condiciones, produce la muerte de todos aquellos individuos cuyo organismo estuviese afectado de cualquiera lesión orgánica.

Esa gran niveladora social acabó con todos los cardíacos, con todos los pulmonares, con todos los renales, con todos los viejos o debilitados por cualquiera causa, y elevó el número de muertes de 5,923 ocurridas el año anterior hasta el de 7,599. Desde esa fecha no ha abandonado más nuestras playas, pero tampoco ha vuelto a producir los estragos que causó cuando su aparición.

Llegamos por fin a la más alta cúspide de esa

fúnebre línea quebrada que señala con los vértices de sus ángulos la cifra de los que fueron. En el siglo recorrido, hubo varios años cuyos coeficientes alcanzaron cifras mayores de cincuenta por mil, y entre ellos se destaca en primer término el de 1833, cuya mortalidad elevóse a 72.62, causada en su mayoría por la primera mortífera epidemia de cólera morbo asiático; viene después en orden decreciente la mortalidad de 57.86 correspondiente al año 1878, en que finalizó la *guerra de los diez años,* con sus secuelas de fiebre amarilla, viruelas, paludismo, tifoidea, disentería, etc.; y en seguida se encuentra la del año 1819, en que la mortalidad fué de 57.09, causada en su mayor parte por el vómito negro, como tuve ocasión de demostrar al principio de este trabajo; pero jamás llegó la cifra indicadora de las vidas segadas por la muerte a la altura que alcanzara en los años 1896, 1897 y 1898, en que los coeficientes fueron: 50.98, 77.34 y 98.19, reveladores de 11,762, de 18,135 y de 21,252 defunciones respectivamente.

Un hecho de trascendental importancia en la historia patria, cual fué la ruptura definitiva de los lazos que unían a Cuba con la nación descubridora, tuvo lugar en ese período de tiempo; pero una bárbara disposición, la más cruel que concebir pudiera el cerebro de un hombre, fué la que determinó esa verdadera hecatombe de víctimas humanas inmoladas como medida de guerra, para restarle fuerzas a los revolucionarios cubanos, cuya decisión de alcanzar su independencia no le fué dable, a su autor, vencer en los campos de batalla.

Desde el 24 de febrero de 1895 se habían lanzado al campo de la revolución los cubanos, dispuestos a obtener su libertad absoluta; pero durante todo ese año la mortalidad de la Habana sólo tuvo un aumento de 261 defunciones sobre las del año anterior. Relevado a fines de enero de 1896 el general Martínez Campos, que dirigió personalmente las operaciones de la guerra, llegó en 11 de febrero siguiente el Teniente General don Valeriano Weyler, cuya feroci-

dad era ya bien conocida de los cubanos, pues había servido a las órdenes del Conde de Valmaseda durante la campaña anterior. Este gobernante dictó la medida de guerra conocida con el nombre de *Reconcentración,* aplicada más tarde por los ingleses en el Transvaal y mediante la cual se reconcentraron en la ciudad los campesinos, a los que no se les proveía de los medios de subsistencia necesarios.

Las escenas de horror que presenciaron los habitantes de la Habana durante el año 1897, de triste recordación; la miseria, el hambre y la muerte de millares de seres indefensos, no obstante los Dispensarios creados por el Obispo Santander, de las Cocinas Económicas fundadas por el Gobernador Civil doctor R. Fernández de Castro, y sobre todo, de la caridad inagotable del pueblo habanero, no podrán borrarse jamás de la mente de los que tuvieron la desgracia de presenciarlas; y llegaron a tal punto que determinaron la más enérgica protesta del pueblo y del gobierno americano; pero el daño estaba consumado y cuando la escuadra de esa nación bloqueó los puertos de Cuba y los víveres faltaron, la cifra de mortalidad alcanzó una altura jamás igualada por ninguna de las múltiples causas que antes contribuyeran al aniquilamiento de sus pobladores.

Con la cesación del bloqueo, el 12 de agosto de 1898, al firmarse los preliminares de la paz que puso término a la guerra hispano-americana, entraron víveres para alimentar a tantos hambrientos como ocupaban las calles y las plazas de la ciudad, y con la evacuación del ejército español, al cesar la soberanía cuatro veces secular, se inicia una etapa de rectificaciones sanitarias cuyos resultados visiblemente se muestran en el final de la gráfica a que tantas veces he aludido en el curso de esta disertación.

Lo primero que se advierte al trasponer la fatídica cumbre del año 1898, es la caída casi vertical de la línea iniciadora del continuado descenso de la mortalidad, desde el coeficiente 89.19 hasta el de 33.68 en el primer año, para continuar después descendiendo,

con pequeñas oscilaciones, hasta el de 16.99 alcanzado en el año último de 1912. Empero, a pesar de lo evidente que resulta esta caída conviene hacer resaltar todavía más las diferencias existentes entre los años del siglo XIX y los transcurridos del actual, y para ello nada mejor que trazar sobre la gráfica dos líneas imaginarias, paralelas a la horizontal y que partan, la primera del punto que en la escala corresponde al coeficiente 20, y la segunda al correspondiente a la cifra 50 de la mencionada escala.

Si echamos una mirada de conjunto que abarque los vértices de los ángulos situados por debajo y por encima de la paralela correspondiente al coeficiente del 20 por mil, veremos inmediatamente que durante toda la décima nona centuria sólo hay dos años, los de 1846 y 1848 situados por debajo de la expresada horizontal, al paso que de los doce años corridos del siglo XX hay seis colocados en un nivel inferior y los seis restantes la sobrepasan en cifras que alcanzan nada más que dos unidades y cuarto.

En cambio, mirando a la recta que parte del número 50 de la escala, se observa que existen trece años que sobrepasan la expresada línea, como puede comprobarse con el cuadro que sigue:

AÑOS	MORTALIDAD	
1816	51.27	Fiebre amarilla
1817	54.71	
1818	55.66	
1819	57.09	
1820	54.43	
1833	72.62	Cólera morbo asiático.
1868	51.75	Cólera morbo asiático.
1870	51.44	Viruelas.
1877	51.41	Guerra: Fiebre amarilla, Viruelas, Paludismo, Tifoidea, Disentería.
1878	57.86	
1896	50.98	Guerra: reconcentración y bloqueo.
1897	77.34	
1898	89.19	

Si se dividen los primeros cien años en decenios, y se calculan sus respectivos promedios, como demuestra el siguiente cuadro:

DECENIOS	PROMEDIOS
1801-1810 (*)	37.96
1811-1820	46.70
1821-1830	36.17
1831-1840	32.34
1841-1850	23.27
1851-1860	26.17
1861-1870	42.04
1871-1880	44.97
1881-1890	34.18
1891-1900	43.81
Promedio del siglo.	36.76
1901-1910	20.54

adviértese que sus cifras oscilan entre 23.27 (el de 1841-1850) cifra mínima, y 46.70 (el de 1811-1820) cifra máxima, con un promedio total para el siglo XIX de 36.76, al paso que en el primer decenio de este siglo el promedio es de 20.54; y si en lugar de los diez años se toma el de los doce transcurridos, dicho promedio baja todavía a 20.08; lo que revela una diferencia de 16.68 de ganancia en favor de nuestra época.

¿Por qué, sin variar las condiciones climatológicas y étnicas de nuestra urbe, se ha obtenido un éxito tan brillante? ¿A qué se deben tan admirables resultados?

Pues se deben a la aplicación de las medidas aconsejadas por la ciencia. Se deben a la erradica-

(*) Calculado sólo para siete años por faltar los de 1801, 1805 y 1807.

ción de la fiebre amarilla de nuestro territorio nacional, gracias a las doctrinas sustentadas por Finlay desde 1881, confirmadas por la Comisión Americana y valientemente impuestas por el doctor Gorgas durante el gobierno de la primera Intervención Americana. Se deben a la extinción de las viruelas, imponiendo la vacunación obligatoria. Se deben a las campañas emprendidas contra los anófeles, que han traído consigo la casi extinción del paludismo. Se deben al reparto gratuito de las curas antisépticas del ombligo, que han hecho caer las muertes por el tétanos *neo-natorum* desde cifras superiores a 300 víctimas anuales a otras menores de una decena. Se deben a la disminución de la tuberculosis desde el coeficiente de 52.92 muertes por cada 10,000 habitantes, cifra la más baja registrada en el último año de la centuria anterior hasta el de 29.30 registrada doce años después. Se deben, finalmente, al no haber dejado a la peste bubónica producir más que dos víctimas, cuando se introdujo en nuestra ciudad durante el año próximo pasado.

Los hechos que acabo de reseñar evidencian la potencialidad de la ciencia y el resultado que se obtiene cuando las medidas por ella aconsejadas saben aplicarse; y al propio tiempo le enseñan a nuestras autoridades sanitarias el camino que deben seguir para que Cuba pueda continuar siendo—desde el punto de vista sanitario—ejemplo que imitar por las naciones que se precien de marchar a la vanguardia de la civilización y del progreso.